

# Tómbola

Por Javier Luque ©

Quien la ve no puede olvidarla. Eso me ocurrió a mí. Se decía nieta de Pier Angeli, una actriz olvidada de origen italiano cuyo verdadero nombre era Anna Maria Pierangeli, y que estuvo a punto de casarse con James Dean, pero que lo dejó plantado para casarse con otro. De ese matrimonio lo mejor que se puede decir es que le salió mal, le proporcionó un hijo y terminó en divorcio. Su carrera fue irregular, nunca gran cosa, y languideció sin remedio en los sesenta. Su vida no fue mejor, ella misma le puso fin a primeros de los setenta, suicidándose en su casa de California.

Según Ana María Pierangeli, la nieta —si tomamos por cierto su relato y su nombre—, lo que no dice esa biografía oficial es que antes del divorcio tuvo un segundo hijo, ilegítimo, de James Dean, y que se suicidó porque no pudo soportar la muerte del actor. Al niño, el padre de Ana, lo adoptaron unos industriales españoles.

Nada de eso tiene mucho interés, pero a veces se habla porque los pensamientos se hacen palabras sin otra utilidad que dejar sitio a otros.

La historia la escuché de labios de Ana María cuando la conocí o, mejor dicho, a las pocas horas de conocerla. Para mí no era más que una mujer joven y espectacular que no me inquietaba; no estaba a mi alcance. Volvíamos de una fiesta, de celebrar el final del rodaje de un anuncio en las playas de Fuerteventura. Yo había ejercido de extra. No llegué a ver el resultado; quizá la publicidad no se emitió o sólo lo hizo en el extranjero. Habíamos bebido mucho, en mí un acto recurrente, pero me bastó un baño desnudo en su compañía para despejarme. Ella tenía menos costumbre y más sensibilidad alcohólica, su irreflexiva embriaguez perduró. Mi tendencia a meterme donde no me llaman me llevó a acompañarla a su apartamento. Vestida con mi chaqueta, que le quedaba media docena de tallas grande, caminamos por la playa alumbrados por una luna casi llena y me relató con voz pastosa la novelesca historia de su familia.

Si la historia ha vuelto es porque ha regresado ella. No había tenido noticias suyas desde que me la encontré en forma de póster en la cartelera de un cine, anunciando la película que la convirtió en joven promesa del cine español. No sé quién le puso el título a la película, pero no me pareció una casualidad y no sólo porque no crea en ellas. *Marcada por el odio*, casi el mismo que llevaba la que su presunta abuela protagonizó en 1956 junto a Paul Newman y que los críticos consideran su mejor trabajo. Hace algo más de un mes, un año después del estreno de la película, vino a verme a Fuerteventura.

—Enrique ha desaparecido, hace días que no sé nada de él, tiene el móvil desconectado y no contesta a mis mensajes. He ido a su casa, pero allí no hay nadie y ninguno de sus amigos sabe nada —dijo.

Estaba sentada frente a mí en una taberna, *El Lobo Rojo*, esperando a que nos sirvieran dos cervezas y unas patatas asadas rellenas de carne que me había adelantado a pedir sin consultarla.

—Quiero que lo busques. Temo que le haya ocurrido algo.

—Un días fuera de la circulación no es motivo suficiente para preocuparse. Tal vez está cansado de tanto ajetreo —dije, y no trataba de tranquilizarla, lo creía de verdad. Pero lo que yo creyera a ella le daba igual.

Mientras comíamos, Ana María me contó lo que yo sabía, pero que no por eso dejé de escuchar. Enrique era su compañero de reparto en la película y a los dos acababan de entregarles un Goya por su actuación. Para Enrique Sicigia no era el primero y según los entendidos no sería el último. Como habían hecho todos, desde que al inicio de la gala, Marisa Paredes pronunció su discurso como presidenta de la Academia, al recoger el premio los dos habían proferido su particular alegato contra la guerra y habían prestado su voz a los que sentían que el chapapote no sólo había cubierto de mierda las costas del Cantábrico, sino ennegrecido sus almas para siempre. Aquella declaración no era una toma de partido, ni siquiera era un acto racional, era un grito de las vísceras, de esa parte del cuerpo que en unos termina por justificar cualquier violencia y en otros no encuentra razón para ninguna. El pragmatismo es cosa de otros.

Y todo esto no es lo que yo pienso, que carezco de lucidez para interpretar los actos ajenos y casi siempre los propios, si no lo que me relató Ana María con la vehemencia de sus veintitantos años y esa ilusión utópica que suele permitirse quien tiene más de lo que necesita o puede gastar.

—Aquí impera lo que dice el yanqui y ése quiere guerra, así que se ha formado un buen fregado con lo nuestro —se detuvo un instante—. Y Enrique ha desaparecido.

—Ana —le dije, utilizando sólo su primer nombre—, vivo demasiado lejos para ayudarte. Dejé la policía cuando tú apenas eras una niña.

Ella siguió en silencio, a sus ojos le daban igual mis excusas, no había volado miles de kilómetros para recibir una negativa. Cuando la congoja de su silencio me confirmó lo que ya sabía, cedí.

—Está bien, pasado mañana nos vemos en Madrid.

La acompañé a su apartamento y, a pesar del tiempo transcurrido desde que nos conocimos, de que sólo había bebido un par de cervezas y de que el éxito la sonreía, me pareció más triste y desvalida. Tampoco me inquietó tenerla cerca y, lejos de sentirme bien, me maldije.